

JESÚS HERNÁNDEZ LOBATO, *El Humanismo que no fue. Sidonio Apolinar en el Renacimiento*, Cultura umanistica e saperi moderni 2, Bologna: Patron Editore, 2014, 228 pp. ISBN 978-88-5-5532-88-4

En la obra (en adelante: la O.) “El Humanismo que no fue. Sidonio Apolinar en el Renacimiento”, Jesús Hernández Lobato (id.: el A.), ofrece una síntesis de autores y temas del Renacimiento italiano marcados por la relación -polémica- con la obra precisa y difícil, en verso (*Carmina*) y prosa (Cartas: *Epistulae*), del galorromano (lionés y arverno) del s. V Sidonio (Apolinar). Útil y amena para quien precise adentrarse en esos territorios, y nutrida de puntos de vista que siguen determinando núcleos de atención en nuestra visión de Sidonio. Hacemos aquí un rápido, a veces precipitado, repaso de la obra, y de las resonancias de su lectura, que no consume, ni mucho menos, su contenido, sino que invita a degustarlo.

Se presentan claras las tesis del A., en sucesivos capítulos ricamente enjoyados -por usar una caracterización de sabor sidoniano- con respectivas citas introductorias, desde Sidonio a Kavafis, o Montaigne, o Huymans; de entre ellas nos detenemos, en la de Juan Bautista Pío -introdutora del tercero, “... el Trecento: Petrarca, Salutati...”- que atribuye a Sidonio el ansia de inmortalidad: *Fiebat in obscura (miserum!) caligine mersus/ Sidonius, cupiens ire per ora uirum*, en expresión que refleja en realidad la múltiple tradición literaria del humanista, que hablando de Sidonio cita implícitamente a Ennio en su epitafio: *uolito uiuus per ora uirum* “revuelo vivo en las bocas de las gentes”, precisamente a través de Cicerón quien en las Tusculanas había elogiado el texto de Ennio -como superior a Solón, ya que el latino pide que no se llore su muerte, mientras el de Atenas, en otra discusión literaria con quienes no desean la vida sin el esplendor juvenil, quiere alcanzar avanzada edad y morir llorado por sus seres queridos. Y nos parece de interés añadir -en estos años conmemorativos de nuestro máximo escritor- que es la misma ansia que Cervantes hace mentar a Don Quijote, con las mismas palabras de Ennio, puestas en su boca con sorprendente literalidad: “andar vivo en la boca de las gentes”; la idea de la pervivencia literaria o la vida de la fama aparece en el pasaje -pensamos ahora- en forma conscientemente enniana a través de Cicerón, e incluso con resonancia de la aplicación de Pío a Sidonio. Nos hemos detenido en explicarlo -anticipando otras relaciones hispanas y cervantinas sugeridas a la lectura de la O.- como evocación del carácter “poliédrico” con que el A. califica al Renacimiento, y en realidad adecuado, como calificativo, a su propio estudio, síntesis de autores, temas ¡y polémicas!, de la tradición culta que culmina en el Renacimiento italiano, de tan amplia

repercusión en nuestras letras hispanas. También creemos que aporta algo de profundidad a las cuestiones, debatidas en varios de los capítulos, del presunto anti-ciceronianismo de Sidonio o de Pío: el indiscutible modelo común de Cicerón, en lenguaje y conocimiento, confirmado por la cita enniana puede ser manipulado, aducido con demasiada presunción (o con envidia entre colegas rivales, según decía de pasada Sidonio en la primera de las *Cartas*) por quienes aplican a otros restrictivamente su disidencia. Es el caso del joven Petrarca con su “desencuentro” (3.1.1, p. 43), su equivocada interpretación de la aposiopesi de Sidonio, ponderadora en realidad de Cicerón, de quien “cree mejor no hablar”, es decir, ante quien muchos deberían callar con más humildad; interpretación que un Petrarca más maduro rectificará, sabía aunque tácitamente, sólo con el silencio, al negarle la publicación definitiva.

Tras el índice, pues, claro y ordenado, los agradecimientos y la presentación de la maestra salmantina Codoñer, la Introducción anticipa el “ascenso y caída” de Sidonio Apolinar –los conceptos introducidos en alemán original evocan el título de la enciclopedia contemporánea sobre el saber y literatura del “mundo romano”, en alusión simbólica. Un breve capítulo resume el esplendor de la recepción medieval, culminada en el renaciente siglo XII en la escuela de Chartres y el preceptista Alain de Lille, bien conocido de los devotos de Sidonio.

El tercer capítulo en su primera parte (3.1.1) se dedica a la señalada cuestión de Petrarca como lector de Sidonio, y recoge destacadas las resonancias del *Carmen* 9 sidoniano que la profesora italiana Condorelli ha detectado en el soneto inicial del *Canzoniere*, cita alusiva sin duda, cuanto más a la luz del modo de tratamiento de los autores –grandes o menos grandes– que Petrarca explica en los textos de su correspondencia recogidos en las páginas de la obra (v. 48 ss.), tratamiento alusivo semejante, por otra parte, al que se da también en el uso de Sidonio, y, en la posteridad, por ejemplo, en el de nuestro Cervantes. Sigue un repaso de la biblioteca de otros lectores europeos de Sidonio y, en la segunda parte, se detiene en la figura de Coluccio Salutati, de amplias lecturas y siempre interesado (“una hermosa amistad” 3.2.1) en Sidonio, con creciente conocimiento de su obra, en particular la epistolar, como corresponde a las labores diplomáticas de cancillería que combina con la literaria y estudiosa. Se presenta su periodización de los autores (prosistas) latinos, interesante por la amplia unidad del latín que concibe, y que quizá hoy podríamos replantear, rotos ciertos rígidos esquemas: *dictatores* –término que Sidonio en *Cartas* 8.6 aplica a César en el doble sentido de ‘escritor’ (en prosa) y de ‘gobernante’-*prisci* o primitivos (los clásicos), y *medii*, los de toda la Antigüedad, ‘moros’ y cristianos, hasta Julián de Toledo, y, luego, los posteriores a la ruptura o gran cambio, plenamente medievales.

El criterio de Policiano, ya Cuatrocentista (4.1.1), valora positivamente también todas las fuentes de las diversas etapas, en su diferencia, y reconoce virtudes específicas a autores tardíos, y a Sidonio recurre como modelo

epistolar y también poético; en la cuestión respecto al estilo epistolar lo cita implícitamente como autoridad (*nec sine auctore*) para sostener que “más –le- vale no hablar de Cicerón” a “alguno” que “acaso” dice que sus cartas no son ciceronianas; la que creemos ironía o incluso sarcasmo contra “ése” que se cree muy ciceroniano, sería más coherente con la secuencia del texto señalada (p. 97), para quien se crea un estilo rico y personal, de muchas lecturas y con equilibrio frente a diversos detractores, de sabor bien sidoniano (p. 98 señala *Carm.* 9, y podrían aducirse múltiples pasajes de las *Cartas*, como los versos de la última 9.16: *Iam per alternum pelagum loquendi/ egit audacem mea cymba cursum 1-2 ... chorus inuidorum 9 rectam ... arte proram 16*) ets.

Parece que Policiano origina o coincide con un interés renovado, referencias bibliográficas y adquisiciones de la obra de Sidonio, también en Salamanca, como luego recordaremos; y su contemporáneo, el refinado erudito Ermolao Bárbaro (4.3) no le pondrá más tacha que su escaso conocimiento de las letras griegas –aunque recuerda la carta 4.12, en la que Sidonio lee a Menandro, al lado de su hijo- con algún error de métrica “vicio de su siglo, no de él”, inaceptable, aunque perdonable: *ignoscenda, non ferenda*.

El capítulo 5: “Sidonio como estandarte del Humanismo boloñés: La edición comentada de Giovan Battista Pio y su significado en el contexto intelectual del último *Quattrocento*”, muestra el último resultado de la enseñanza en Bolonia de Beroaldo, sucesor de Policiano en la cumbre del humanismo italiano, en la línea revalorizadora de la tarda latinidad que constituirá el llamado ‘apuleyanismo’, en la figura de Juan Bautista Pío, cultivador desde su juventud de la lectura de Sidonio y, a lo largo de su movido currículum (editor en torno a 1500, en Milán, de Apicio, Varrón, Festo, Nonio Marcelo, y comentador de Plauto, Fulgencio Planciades), fiel a su amor por la obra de Sidonio, cuyo comentario –de particular interés en relación en nuestra historia cultural- también publica en 1498. De ese comentario hace el A. un análisis exacto de su riqueza de conceptos, del interés también filosófico de Pío, y de su manejo de la métrica, del hebreo o del griego –en el que fue maestro del Pinciano Hernán Núñez de Guzmán-, del público al que se destina, también de sus limitaciones (la premura, la inexperiencia de un proyecto demasiado ambicioso), con la frecuencia de comentarios en las distintas cartas (libros I y II o poemas) elaborada en cuadros estadísticos.

La polémica, la crisis (del apuleyanismo en la primera década del Cinquecento a manos del triunfal ciceronianismo), la autocrítica insatisfecha, la caída en desgracia o la cruenta derrota romana, el escarnio mismo o “la estocada final” ocupan las secciones del capítulo 6, y marcan el destino ¿tragicómico? de Sidonio asociado al de Pio, “de la periferia al olvido” de ese “Humanismo que no fue” ¿o que tal vez “fue”, se produjo y dejó poso en el seno de comunidades unidas en el interés de lo humano, rotas en las urgencias del vivir, del ansia o la soberbia del saber?

Sidonio ha sido vehículo de polémicas que ya venían de atrás: la acusación de *simia*, ‘mona de imitación (de las cartas de Cicerón)’, que como tópico se vincula a su nombre (p. 49 n. 13 refiere además a Curtius), procede de la excluyente escuela frontoniana, de quienes, celosos y resentidos (*aemuli*, dice Sidonio *Ep.* 1.1) la aplican: es en el marco de sobreentendidos comunes donde se producen los choques más duros. Y es en el marco de la imitación epistolar donde se produce este primer choque: el creciente interés de la correspondencia en un mundo de relaciones fragmentadas, y el del verso como escuela de destreza lingüística confluyen, al cabo de la Antigüedad, entre otros en Sidonio, cuidadoso editor de su obra, reconocida en sus próximos; éste es un hecho del que aún el fragor de las polémicas, como las que la O. nos transmite, no ha permitido sacar todo el partido. Así respecto a la multiplicidad de metros y ritmos, e incluso la combinación de verso y prosa, el *prosimetrum* tan sidoniano que Salutati defiende con los modelos antiguos del teatro: Plauto y Terencio, pero aún por delante, el Trágico, es decir, Séneca –autor significativamente también de la multiforme sátira *Apocolocyntosis*– Persio el poeta, con proemio en prosa, y con Sidonio o Boecio, se usa un lenguaje un poco reticente para este procedimiento característico de la tarda latinidad (p. 68-9), y quizá se descuida aún su transcendencia (en la *Vita Nuova* visiblemente).

El mundo de las letras hispanas, característicamente discrónico del europeo general, por anticipación o retraso, según los análisis comunes, –con la excepción de Vives, severo con el lionés, p. 211 ss.– prorroga sin duda la vigencia, en tono menor, de Sidonio: no faltan lectores tardíos del comentario de Juan Bautista Pío, como balizan los ejemplares –algunos procedentes de las colecciones regias– de la BN, entre ellos el que presenta anotados y subrayados pasajes que Miguel de Cervantes Saavedra leyó y utilizó en su magna novela y en otros lugares, como el Coloquio de los perros o La gran Sultana; ni faltan siquiera reflexiones teóricas como del P. Isla que, en pleno siglo XVIII, por boca de fray Gerundio, acusa a Sidonio de propiciar un estilo hinchado y metafórico, o de Saavedra Fajardo, que defiende el estilo, nada menos que de Tácito, señalando que las tachas que se le hacen podrían con mayor razón hacerse a Sidonio, lo que implica, naturalmente, que el último es un autor de mayor prestigio que el otro en la España de mediados del XVII. Puede ser de notar que vallisoletano y murciano fueron de formación en parte salmanticense, y que aquella Salamanca del Cuatrocientos –nos recuerda nuestro A.– había producido la *Visión deleitable* de Francisco de Cáceres, reeditada a lo largo de más de cien años, traducida al italiano en 1556 y retraducida desde allí al castellano en 1623, y había recibido a través del helenista Pinciano el magisterio de Poliziano y la obra de Pío (5. 2. 6 La formación filológica de Pio. Del griego al hebreo, p. 154 ss.) Precisamente el canon literario que –con sabor netamente sidoniano– entre los poetas menciona solos al “ruiseñor” Sidonio con el “cisne” Virgilio en la *Visión*

deleitabile (p. 110 s.) se presenta en una écfrasis de dos paneles en una y otra “faz de la sala” que muestran a griegos y latinos: “el Entendimiento ... vio pintados Allí los cantares de Cidonio que parecía otro ruiseñor entre las aves pequeñas, allí el muy floresciente eloquio de Virgilio ...” –como Don Quijote “En una dellas el robo de Elena” y “en otra ... la historia de Dido y Eneas” ... “en unas sargas viejas pintadas” en el cap. 71 de la Segunda parte del Quijote. Aunque no es del momento detenernos en los paralelismos de ambas *evidentias*, interesa ponderar –en quien como Cervantes, es de instrucción no conocidamente académica, pero evoca los estudios salmantinos, que sigue el joven poeta hijo del Caballero manchego del Verde Gabán, trasunto idealizado del propio Miguel– la importante corriente de conocimiento y de tradición sidoniana que más o menos resaltada en diversos momentos pervive, ya sea en amplio desarrollo, como nos muestran las líneas maestras que la O. recoge, como en menudos detalles dispersos, que ahora podemos percibir mejor gracias a ella.

El fulgurante brillo o el descrédito de Sidonio y sus partidarios o detractores en el núcleo de las escuelas enfrentadas, no debieron de ser del todo convincentes, ni debieron de llegar a modelar del todo los gustos de quienes siguieron ocupándose de lecturas o autores a su alcance, y sacando de ellos lo que tuviesen de provecho, “porque no hay libro tan malo que no tenga algo de bueno” en lenguaje cervantino, que ahora saboreamos como eco de este humanismo rebelde de lectores empedernidos: *quod pura non prodeat, sed aliquid semper afferat nouitatis* (p. 68, misiva de Salutati al joven Bruni).

Es de notar, en lo formal de la O., de prestigiosa editora boloñesa, la cuidada piel de la escritura, en la que, para que resalte más la pulcritud general, vamos a señalar algunos lunares –así lo dice Sidonio–, de usos característicos de los más jóvenes, que los mayores notamos de viciosos, y sobre los que queremos reclamar atención: Así cierta excesiva preferencia, en construcciones que equivaldrían a un genitivo objetivo, de ‘a’ u otras preposiciones en lugar del determinante general ‘de’, de cuyos amplios valores y uso la huída, en voluntad de variación, tal vez sea la causa: “mención a” p. 5, “rechazo a” p. 67, “alabanza”, “loa a” p. 70 etc. (“erigirse a” por ‘en’ p. 155). Así cierta tendencia, con similar receta de variación, a formas léxicas no del todo adecuadas: “a la sazón” p. 155 aparece usado por ‘ahora’, ‘al presente’ en lugar de ‘por aquel entonces’; lo mismo que ‘venidero’, que nos parece de perspectiva presente, por ‘siguiente’, ‘posterior’ o ‘inmediato’ (p. 74); “acendradas” (que nos parece siempre positivo: ‘depuradas’, ‘acrisoladas’) p. 165 por ‘acerbas’ o ‘encendidas’, ‘vivas’; los mayores creemos que la “pátina” es siempre de antigüedad, la *nouitas* (p. 74) se daría de ‘baño’ o ‘barniz’. Sólo un caso (p. 56: “Ésta” (sc. la segunda mitad del Trecento) por ‘aquella’ (la obra sidoniana)) encontramos del abuso –porque causa ambigüedad– del pronombre ‘éste’ (lo acentúo como sigue siendo costumbre laudable, pese a la angustia académica) –curiosa especie de

hábito, creemos, pseudolatinizante, de historiadores y otros eruditos, en eco de viejas traducciones, y redundante, cuando no desorientador, la mayoría de las veces. Del mismo jaez, y en el mismo pasaje, “él mismo reconoce” es otro caso, raro en el A., del común hábito ocioso, que nos divertiría proclamar ‘elmismismo’, se podría también ahorrar tal vez algún levemente anglicista: “su”, más de un insistente ‘ninguno –a’: “no ofrece duda “alguna”” (p. 52). Italianizante parece el usar “prefactoria” como ‘prefacial’ o ‘prologal’, y el no decidirse a llamar ‘canciller’ al repetido “cancelliere” (Salutati) –aun cuando la función de “cancillerato” le sea menos escrupulosamente reconocida (p. 65 n. 56)– o a despojar a Pastrengo (o a Vinci, a la española: los “Austria” o los “Alba”), del insistente y confuso ‘da’; o tal vez el repetido “reproponer” (p. 75), o sin duda “dominicano” por ‘dominico’ (p. 52). El llamar Alano a Alain (o Atilano) de Lille, Guglielmo al de Pastrengo (p. 51) y Guillermo al de Malmsbury, o Giraldo a Gerardo de Cambrai (p. 31-2) tiene que ver con la generosidad hispana en reconocer las formas de las distintas fuentes, pero también se complica con el hábito de una cómoda uniformidad globalizante, vigente en el modo bibliográfico literal, horrissono para conciencias puristas, de citar los de edición, sea Firenze o Bologna, sea Paris, sea London, desde cualquier lugar del mundo. (Alguna erratilla fácil de enmendar. Alguna minúscula inhabitual, como v-, en Plinio el Viejo (p. 71) sin duda rinde homenaje a las restricciones académicas; secundaria tal vez en textos latinos citados, por tanto regularizables: *Gallicani*, *Latialis*, *Arpinate*, *Herculis* (p. 79). Debe decir: ‘que’ p. 23 n., l. 6; *de statu* p. 164 n. 125; epist I 2 (la 12 no existe; p. 31 n. 24); en nota 27, p. 53 ‘Maximiano’ debe ser ‘Marciano’ sc. Capela).

Pero recordemos que las pecas y lunares pueden resaltar el atractivo de un cuerpo, y dispongámonos a continuar la lectura.

MARÍA CONCEPCIÓN FERNÁNDEZ LÓPEZ
confer.fernandez.lopez@usc.es